

Ruidos monstruosos

Mario Méndez

Ilustraciones de Tomi Hadida

loqueleg

Una verde sonrisa

Cuando mi mamá me dijo que tenía que ir a clase, hice un berrinche inolvidable. ¿Por qué yo, justamente yo, tenía que ser el primero de la familia en ir a la escuela? Rompí cosas, pataleé, grité como un loco. A ella no le importó en lo más mínimo. Pero no era justo. Papá se pasó toda su vida sin aprender a escribir, jamás, ni una sola letra. Mamá apenas lee algunas recetas de cocina que saca de un viejo libro de mi tatarabuela (y sospecho que se guía más por las fotos y los dibujos que por lo que de veras lee). Y mis hermanos

y primos, para qué hablar. ¡Ni saben lo que es una escuela!

Yo no quería ir, me negaba, pataleaba y bufaba. Pero no hubo caso: mamá se salió con la suya, como siempre.

6 El primer día todos los chicos nos amontonamos en la puerta. Se notaba quiénes éramos los nuevos: los únicos que teníamos a toda la familia detrás, con los celulares listos. Hasta una abuela con un globo rosa había en el grupo. Pobre la nieta: estaba toda colorada, seguramente querría que se la tragara la tierra. Lo mismo quería yo.

De inmediato me di cuenta de que era el chico más alto de todo el colegio, salvo por un chico con pinta de basquetbolista. Sentía que todo el mundo me miraba, y no podía tolerarlo. Pero mi mamá sonreía



8 como si nada. Estaba orgullosa de mi immaculado guardapolvo blanco, tamaño carpa. Y de los gigantescos zapatones negros, lustradísimos, que me torturaban los pies. Hasta de la inmensa mochila parecía sentirse orgullosa. Ni que hablar de la vianda: no sé qué había puesto en el sándwich, pero sin duda atufaba toda la vereda.

Mamá me miraba, enternecida. Amorosa, me tenía bien apretada la mano, como si supiera que, en cuanto aflojara el apretón, yo aprovecharía para salir corriendo.

Al fin sonó el timbre de entrada: mamá me echó una mirada de las suyas, que me disuadió de escapar. Después me estampó un sonoro beso, que casi me deja sordo, y me soltó. Caminó con grandes zancadas, y se paró frente a la puerta de entrada,



tapando la salida. Desde su enorme altura saludó a mi papá, que estaba en la esquina, y que también sobresalía de la multitud por más de un metro, como ella. Yo espí, buscando una vía de fuga. No la había.

Con la única puerta custodiada avancé hasta el centro del patio, resignado. Ya llegaría mi oportunidad en cuanto entráramos al aula: tenía que haber alguna ventana, estaba seguro. Formamos filas, sonó el himno y escuchamos la bienvenida de la directora, una señora de peinado alto y vaporoso, con los labios muy pintados de rojo.

Entonces, oí la voz. Una como nunca antes había oído. Era la voz de la señorita Alba, que nos invitaba a seguirla.

—Vos sos Ogres, ¿no? Carlitos Ogres —me dijo, mientras miraba su lista—. ¡Qué lindo, con esa carita verde! ¡Vas a ver cuánto vamos a aprender!

Yo supe de pronto que no me escaparía. Supe que sería, nomás, el primer ogro de la historia en ir a la escuela, el primero en

aprender a leer y a escribir. Ya no habría huida, no podía haberla. Era irremediable: me había enamorado de la señorita.

